

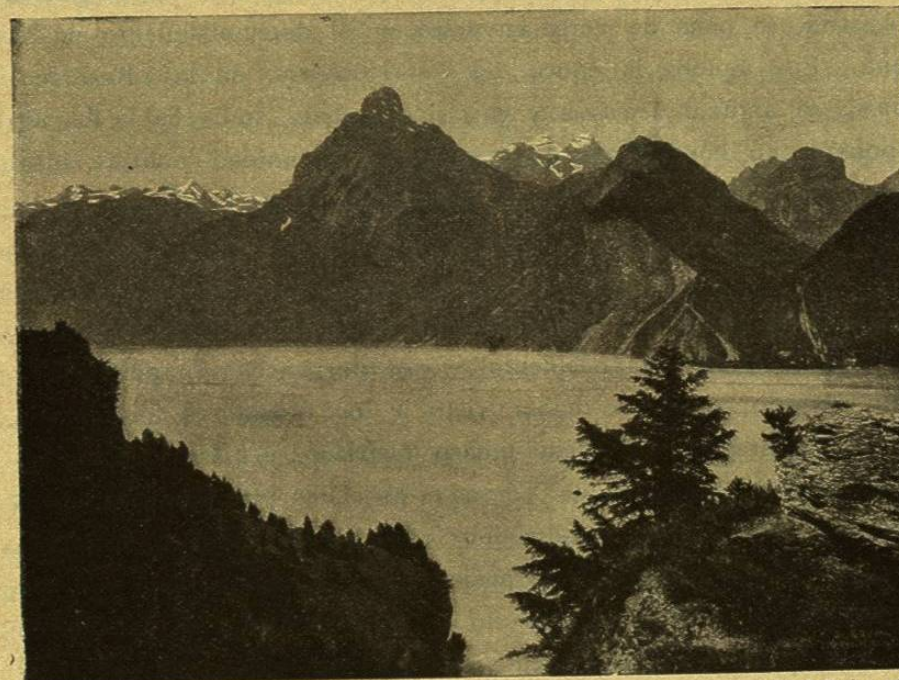
tir que sus campesinos rumanos, servios, croatas ó rutenos, que vivían bajo el peso del desprecio hereditario, fuesen admitidos como iguales en la participación de la victoria.

Escasos eran los hombres inteligentes y generosos, verdaderos intérpretes de la historia, que comprendían que la estrecha solidaridad entre todas las razas que aspiran á constituirse libremente era condición indispensable del éxito. Se dice que antes de entrar en lucha abierta con los Magyares, el patriarca Raietchitch, en nombre del Congreso nacional de los Servios reunido en Karlovic, propuso á los representantes de Hungría un concierto amistoso, en virtud del cual los Magyares consentirían en la unión fraternal de los Eslavos austriacos, mientras que éstos exigían el llamamiento de todas las tropas eslavas empleadas en Italia por el gobierno de Austria y negociar una alianza con el pueblo italiano, comprometido á la sazón en la gran lucha del *Risorgimento*¹. Pero las ambiciones nacionales predominaron: los Magyares quisieron á la vez conquistar su autonomía y conservar su dominio. No habían llegado aún los tiempos para la solución natural, la única normal y lógica, es decir, la federación libre entre todas las nacionalidades de la Europa sud-oriental, desde Praga á Constantinopla.

En la pequeña Suiza tuvieron lugar también acontecimientos memorables que atestiguan la omnipotencia de la opinión contra las convenciones diplomáticas. Los jesuitas, hábiles siempre para tejer sus telas de araña, habían logrado buena acogida en cierto número de cantones y apoderarse de la educación de los niños en Lucerna y otras ciudades católicas. Siendo inteligentes para negociar, se habían creído también con fuerza para combatir, y bajo su patronato se había constituido la liga del *Sonderbund* — «Alianza distinta» —, que comprendía los siete cantones católicos de Schwitz, Lucerna, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais (1846). Después de largas vacilaciones y contemporizaciones, el resto de Suiza acabó por aceptar el desafío y triunfó de las bandas que dirigían los clérigos. La campaña duró pocos días (Noviembre 1847) y co-

¹ A d'Avril, *La Servie chrétienne*, p. 77.

gió desprevenidos á Metternich, Guizot y otros ministros, que hubieran prestado ayuda á la religión. Sin embargo, la diplomacia europea hablaba todavía de intervención, cuando se tuvo noticia de la nueva revolución que acababa de estallar en París. Al día siguiente, 29 de Febrero, los ciudadanos de Neuchatel se desembarazaron del personaje que gobernaba el cantón en nombre de Prusia, y, á pesar de toda la diplomacia de Europa, hacían reconocer su independen-



Cl. J. Kuhn, edit.

LAGO DE LOS CUATRO CANTONES
Rama meridional, vista desde el Este.

cia política y la abolición de todo señorío feudal prusiano. Tales acontecimientos tuvieron por resultado dar á Suiza mayor unidad política, pero en detrimento de las autonomías locales. Se había roto el poder de los jesuitas, pero en beneficio del Estado: la confederación de los Estados se había convertido en un Estado confederativo.

En Italia, como en Suiza, la Revolución había comenzado ya á conmover el pueblo de diversas provincias, en Lombardía, en Sicilia, antes que el rumor de París se oyera al otro lado de los Alpes;

hasta la actitud casi liberal de un nuevo papa, Pío IX, había atraído las miradas hacia Roma con la espera de un cristianismo regenerado que conduciría los pueblos libres y confiados hacia una era de justicia y de libertad.

Cuando la gran sacudida de Febrero trastornó todo el mundo oficial en Europa, el movimiento italiano se hizo inevitable; Venecia se hizo libre y republicana, y el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, se vió obligado por la opinión pública á declarar la guerra á Austria, so pena de verse envuelto en el derrumbamiento de su trono. Fué aquella la época del *Resorgimento*, de la «Resurrección»: en algunas semanas y casi sin combate, Italia había llegado á ponerse en condiciones de reivindicar su unidad política, ideal antes sustentado por algunos hombres generosos, pero cuya realización no pudo ser jamás intentada. Desde los primeros días del conflicto entre los revolucionarios italianos y las guarniciones austriacas, éstas se vieron obligadas á evacuar Milán y las otras ciudades de la Lombardía occidental, focos por excelencia del patriotismo unitario, donde se había visto á los fumadores formar una liga para abstenerse de fumar tabaco austriaco, y á las jóvenes, olvidadas de los «amantes de Verona», asociarse por juramento para renunciar de antemano á todo amor con enemigo ó compatriota indiferente á las reivindicaciones nacionales. Tan grande era el ardor del sacrificio, que los mártires no se contaban ya y el cambio de equilibrio político era reconocido como inevitable por los conservadores más extremados; mas, por su parte, ¿no se condenaban de antemano los ardientes Italianos á un movimiento fatal de reacción, confiando la gerencia de sus derechos y el cuidado de su emancipación á enemigos naturales, á dos soberanos, el papa y el rey?

El rechazo de la revolución de Febrero apenas se hizo sentir en España, tan acostumbrado se hallaba el país á las conmociones de la guerra civil; en tanto que á pesar de su aislamiento tradicional, las islas Británicas fueron sacudidas por el movimiento de ondulación general. Se agitó el pueblo, y el Parlamento hubo de rodearse de un verdadero ejército; hasta en Irlanda se llegó á la franca rebeldía, condenada previamente á un lamentable fracaso, porque los Irlandeses, debilitados por una opresión varias veces se-

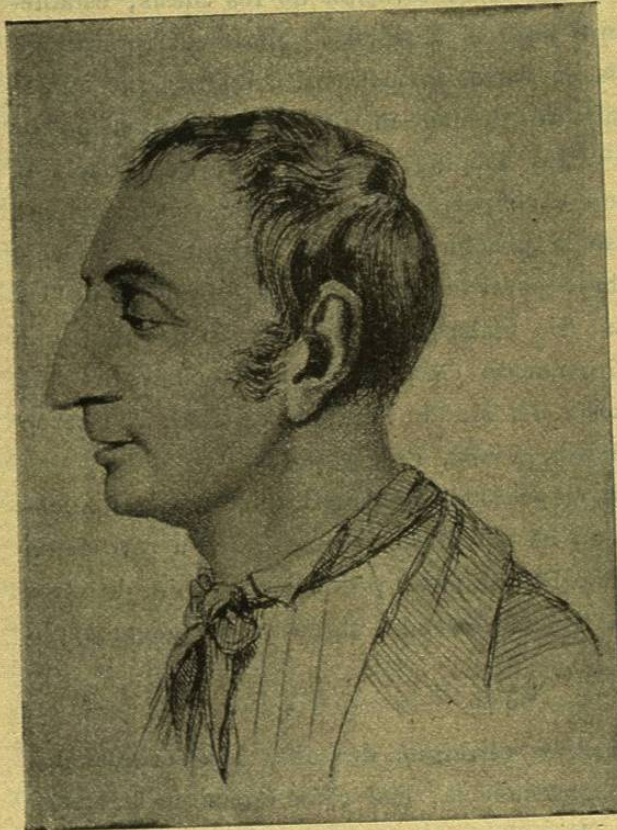
cular, y además privados de toda fuerza física por el hambre, apenas sabían manejar sus palos y caían exangües á las orillas de los caminos.

Y cosa admirable, el rechazo de los acontecimientos de Europa fué más importante en consecuencias en la India lejana y en Extremo Oriente, y unos autores ingleses atribuyen á la resonancia de las revoluciones de Occidente la sublevación de los Sikhs, establecidos alrededor de Lahore y en el Pendjab, quienes derrotaron los ejércitos de la Compañía en varios encuentros, mientras que numerosas huelgas de Cingalios ponían en peligro la dominación de Inglaterra. En cuanto á los Taipings de la China, que, hacia la misma época trastornaron el imperio del Medio, se ve ciertamente en su formidable impulso la prueba de que el Oriente y el Occidente comenzaban á vibrar paralelamente bajo la influencia de las mismas profundas causas; sin embargo, ningún hecho permitía unir directamente esa gran revolución china á los acontecimientos que hacia la extremidad opuesta del Mundo Antiguo agitaban á la sazón las ciudades de París, Berlín, Viena, Pest y Milán.

No sucedía lo mismo respecto de la América latina: la influencia moral de Francia es tal en aquellas comarcas, que su revolución conmovió en gran manera los ánimos, produciéndose en distintos puntos, especialmente en Nueva Granada, algunos movimientos políticos.

La revolución de 1848 se distingue de todas las revoluciones anteriores, y señala, en consecuencia, una gran época de la historia, porque, al menos en Francia y en Inglaterra, es decir, en los dos países que habían ya realizado una primera evolución política contra la monarquía, el movimiento tomó un carácter muy preciso en el sentido de una transformación social. La Revolución de 1789 no tuvo más ideal que el triunfo del Tercer estado, es decir, la burguesía, y la obra, en su conjunto, era debida á los propietarios del suelo y de las casas, á los industriales, á los comerciantes, á los artesanos preferidos, á los hombres de las profesiones liberales; el pueblo sólo había servido de comparsa, había aportado sus instintos de multitud, sus entusiasmos, sus cóleras; pero en 1848 fué

el obrero, el trabajador el autor principal de la revolución; quizá no conoce la palabra «socialismo», que es de invención reciente y de la que algunos escritores se disputan la paternidad, pero la hace entrar en la historia dándole su verdadera significación, que no tiene nada de abstracta y que todos interpretan como la «lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

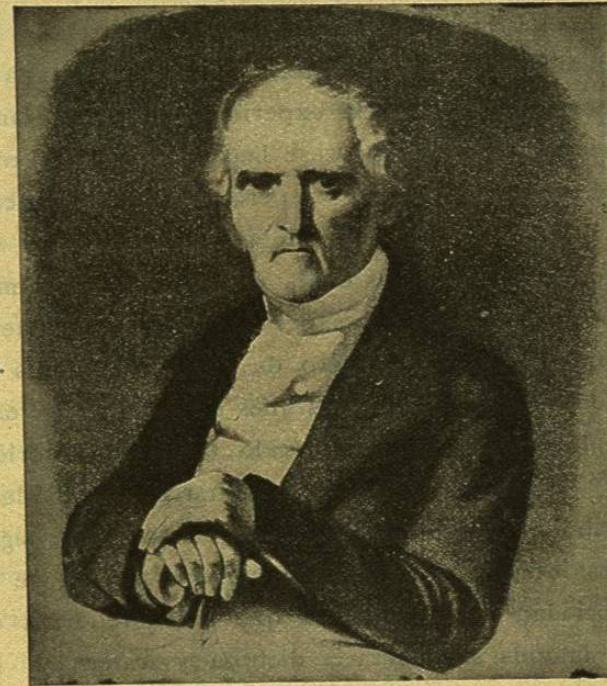
SAINT-SIMON (1760-1825)

¡La justicia! se le había proclamado solemnemente medio siglo antes bajo el nombre de «Derechos del Hombre», y hasta se había añadido el grito de fraternidad á la proclamación de esos derechos. Desde aquella época parecía haber llegado el tiempo de la realización de aquel ideal, considerando que se habían inventado numerosas máquinas para aliviar el trabajo humano, y que por los procedimientos de la división del trabajo se había aumentado mucho la producción; pero, lejos de ver mejorarse su situación en proporción de los progresos mecánicos de la industria, los trabajadores se hallaban, por el contrario, en condiciones cada vez peores, porque la introducción de la máquina en la manufactura permitía al patrón escatimar los salarios de su material humano. ¿Qué importaba al trabajador verse oficialmente revestido de sus derechos, si carecía del de vivir?

He ahí por qué acogió con entusiasmo la ocasión de reivindicar

sus derechos. Las escuelas socialistas, ya muy numerosas á la sazón, habían hecho bellísimas promesas desde una veintena de años á la fecha: se les intimó su cumplimiento. Según relaciones de la época, presentóse en el Hotel de Ville, ante los miembros del gobierno provisional, una diputación de obreros, quienes, en un bello rasgo de generosidad, ofrecieron «poner tres meses de miseria al servicio de la República». París y la Francia entera tuvieron entonces nobilísimos rasgos, y el tipo de los hombres del 48, tal como ha quedado en la memoria de las generaciones siguientes, es el de un valiente y de un sincero, de figura luminosa y simpática, de barba ondulante, palabra ardiente, que se exaltaba con sus propios discursos de amplios períodos, más inspirados en una gran confianza en el porvenir que fundados en razonamientos sólidos sobre la realidad de las cosas. El hombre del 48 fué realmente bueno, y, durante las primeras semanas que siguieron á la revolución se pudieron sentir nuevamente las grandes emociones de fervor y de alegría revolucionaria que los entusiastas sintieron al principio de la Revolución francesa. Los extranjeros acudían en multitud á París: Carlos Dickens, para no citar más que un ejemplo, se ejercitaba en escribir en francés, la lengua republicana, que declaraba quería hablar en lo sucesivo.

Sin embargo, los hombres no se alimentan solamente de pala-



Museo del Luxemburgo.

CARLOS FOURIER (1772-1837)

bras, necesitan también pan, y la sociedad á que los obreros se dirían para obtener su salario bien ganado, declaraba en quiebra sus promesas; no reconocía ya aquel «derecho al trabajo» que algunos ministros, y no de los de menor importancia, habían reconocido oficialmente. Los socialistas eran todavía una minoría ínfima, harto escasa para obrar sobre la opinión pública de otro modo que excitando la sorpresa y hasta promoviendo el escándalo. Es indudable que las doctrinas de renovación social, habiendo salido ya del dominio de la abstracción y de la fantasía, habían pasado todas por la prueba de la experimentación; habían intentado hacerse vivientes, cesando por ese hecho de pertenecer á la utopía para venir al terreno práctico¹; pero ¿en qué desacuerdo se hallaban esas teorías, y qué imposibilidad había de sacar una resultante general! Algunos socialistas de la época hubieran comenzado por instituir el poder absoluto antes de «organizar» el nuevo funcionamiento social; el mayor número de los reformadores se hubiera contentado con utilizar para nuevos fines la jerarquía ya existente; algunos otros hubieran ante todo arrasado todas las autoridades establecidas.

Frente á la rutina hereditaria que condena al trabajo mal retribuido los no poseedores del suelo, ¿qué significan los experimentos intentados en distintos lugares acerca de la constitución de una sociedad de armonía en que todos tendrían el porvenir asegurado y la vida se deslizaría dichosa y fraternal? Las tentativas fueron ciertamente muy interesantes, pero no pasaron de breves relámpagos sobre el negro fondo de la servidumbre tradicional. En 1812, Roberto Owen, después de haber demostrado que el hombre es determinado por su medio, quiso probar también en su manufactura de New-Lanark que dando á ese medio condiciones de justicia y de equidad perfecta, se lograría modificar paralelamente los individuos. Después, en 1824, sobre el terreno virgen de América, ensanchó sus experimentos y «armonías» sociales, que se imitaron en diversos lugares de los Estados Unidos, y que alcanzaron casi todas buen éxito material, aunque acabaron por dejarse absorber de nuevo por el ambiente del capitalismo todopoderoso.

¹ Bernard Lazare, *Histoire des doctrines révolutionnaires*, p. 3.

Aunque menos importantes por los ensayos de realización, los experimentos hechos en Francia tuvieron más influencia en la elaboración de las ideas. El poderoso genio de Carlos Fourier removió profundamente el ánimo de los pensadores y agrupó en su cortejo intelectual los hombres más generosos; pero aquellos discípulos, que representaban tan notable eflorescencia intelectual, no eran bastante numerosos ni lo suficientemente ricos para fundar un falansterio en el bello conjunto arquitectónico y jerárquico concebido por el maestro — sin contar que el falansterio sólo representaba el lado menor de su doctrina —; los ensayos en pequeño intentados en Condé-sur-Vesgre, en Brook-Farm ó en otros sitios, estaban condenados de antemano á perecer como obras incompletas. Asimismo la colonia de Menilmontant, atrevidamente establecida en las inmediaciones de París, y que intentó realizar la unión armónica de las tres fuerzas, el trabajo, el capital y el talento, chocaba harto ostensiblemente, por su traje y sus ritos, con las costumbres tradicionales de la burguesía, para que la ley no interviniera brutalmente y no dispersara los asociados, casi todos hombres de ciencia y de prestigio intelectual, destinados á dejar huella en la historia.

Otra doctrina más sencilla y hasta cándida, casi pueril en sus concepciones sociales, obró de una manera mucho más poderosa sobre cierta parte del pueblo: tal fué la doctrina comunista pura, formulada por Cabet en lenguaje evangélico, que daba satisfacción al viejo instinto de las masas que en todo tiempo les hizo ver el fin de sus males en la vuelta hacia la comunidad de las tierras y en su complemento natural la comunidad de los bienes, por lo que Cabet halló numerosos partidarios, y cuando se despidió del viejo mundo para fundar la Icaria sobre la tierra virgen de América, fué seguido por centenares de discípulos ansiosos de la vida de paz y de felicidad que esperaban gozar en su compañía. ¡Pobre Icaro, cuyas alas se derritieron por el fuego de los rayos del sol! Pero ¿cómo podía subsistir sin libertad una comunidad con individuos que no fueran frailes embrutecidos por la obediencia, la humillación y las maceraciones?

La suma de los experimentos que podía invocar el socialismo naciente para descubrir en breve plazo la dichosa solución de la